

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XXX

EL SOLDADO SE CONVIERTE
EN JERARCA DE LA NACIÓN

Nada hay más dramático en la vida de Díaz que su rápida lucha contra los salteadores de caminos. No como presidente, sino como comandante de las fuerzas militares, decretó la muerte inmediata para los bandidos dondequiera que los capturaran. Todo el poder de la nación se concentró detrás de esta dura orden. Cientos de bandidos fueron abatidos en los caminos de México en las dos o tres semanas posteriores a su ascenso al poder. No era un trabajo policiaco, sino la guerra. No se permitía que las teorías de los derechos humanos o los tecnicismos legales interfirieran con este trabajo de exterminar a los enemigos armados de la sociedad.

Sin embargo, entre quienes se aprovechaban de los viajeros y aterrizaraban a ciudades y pueblos estaban hombres que habían servido a la república como soldados y a quienes se les había despojado del uniforme y no contaban con medios de subsistencia. Habitados a las correrías como medio de existencia en tiempos de guerra, continuaron con el saqueo en tiempos de paz. Nada embota el sentido de la moralidad

ni endurece el carácter más rápido que la guerra de guerrillas, donde la lucha y la rapiña son casi inseparables.

Por tanto, no sorprende que algunos de los soldados más valientes de México se hubiesen transformado en bandidos. De hecho, muchos de los hombres que habían seguido a Díaz en sus luchas más desesperadas por la independencia mexicana ahora se encontraban frente a frente con la muerte instantánea, ya que su orden no distinguía entre amigos o enemigos, patriotas o traidores.

Su mente clara percibió que sería una parodia de gobierno hablar de derechos individuales y formas constitucionales de justicia, mientras los bandidos armados ocupaban las carreteras de la nación, así que dio muerte a los bandoleros sin piedad dondequiera que los encontraban, hasta que un terror indescriptible al nuevo gobierno cundió en las bastiones del crimen en las montañas más remotas.

Al mismo tiempo hizo saber que todos los bandidos que estuvieran listos para abandonar su vida criminal podrían encontrar seguridad y empleo rindiéndose de inmediato al gobierno.

Sabían que siempre se podía confiar en la palabra de Díaz, y al igual que en otros tiempos los comerciantes de México prestaban grandes sumas con la mera palabra, aunque rehusaban dar ningún anticipo sobre el crédito del gobierno; fue así que los bandidos salieron en gran cantidad de las montañas y caminos, entregaron sus armas y confiaron su vida al honor del hombre que les abría el camino de regreso a la sociedad honorable.

Con la perspicacia nacida de una larga experiencia y el profundo conocimiento de la naturaleza humana, Díaz creó con estos hombres una policía rural montada nacional y les dio la oportunidad de redimir sus nombres dando caza a los bandidos incorregibles.

Acudieron ante él con vestimentas de toda clase, hombres audaces, fuertes, de mirada temible y rostros bronceados por el sol y con horribles cicatrices. Con voz temblorosa, algunas veces con lágrimas, le dijeron al jerarca de México que se habían convertido en bandoleros ante la imposibilidad de encontrar alguna otra ocupación.

Habló con ellos, de uno en uno, los miró a los ojos, les explicó que en México había comenzado un nuevo día en el orden público y con

unas cuantas palabras directas los convenció de que, haciendo a un lado la muerte sangrienta que en el futuro aguardaba a todos los bandidos, se ganarían mejor la vida sirviendo a la nación como buenos ciudadanos.

Un día apareció en Palacio Nacional un famoso jefe de bandidos, de amplio tórax y espalda ancha, gigantón, de ojos formidables y piel casi negra de tan bronceada por el sol. Durante muchos días lo habían perseguido; no existía un ladrón más temido en el país. Este hombre había sido un aguerrido oficial al servicio de la república. Díaz lo reconoció de inmediato como uno de sus combatientes más leales y heroicos. El jefe de bandidos admitió que había llevado una vida terrible, pero afirmó que poco a poco lo habían empujado a ello las condiciones del país y las necesidades que lo apremiaban en un momento en que ni él ni sus seguidores podían conseguir empleo. Al recordarle a Díaz cómo había peleado por el país bajo su mando, su semblante duro y tosco dejó ver la emoción cuando le pidió la oportunidad de recuperar su buen nombre y tomar su lugar adecuado en México. El gran ladrón fue nombrado de inmediato jefe de la nueva policía nacional y ningún hombre sirvió al país con más valor, honradez o devoción.

Este fue el origen de los célebres Rurales, uno de los mejores grupos de policía del mundo, comparable sólo a la Real Policía Irlandesa (*Royal Irish Constabulary*), la Policía Montada de Canadá, los *Carabinieri* italianos y la Guardia Civil Española, pero con carácter propio. Los promotores del desorden y el delito se convirtieron en guardianes y garantes de la paz y el orden.

Empezamos castigando el robo con la muerte y pidiendo la ejecución de los culpables a unas horas después de capturarlos y condenarlos —dice el presidente Díaz—. Se había vuelto un hábito cortar las líneas del telégrafo. Ordenamos que cuando cortaran los cables y el jefe de policía de ese distrito no capturara al delincuente, él mismo sufriría las consecuencias; y si el corte se produjera en una plantación, el propietario que no lo evitara debía ser colgado del poste más cercano al punto del corte. Por supuesto, éstas eran órdenes militares.

Es verdad que éramos severos. Con frecuencia esa severidad llegaba al punto de una gran crueldad, pero era necesario para la vida y el progreso de la nación. Los resultados lo han justificado. Fue mejor derramar un poco de sangre, para que mucha sangre se salvara. La que se derramó era sangre mala, la que se salvó, buena.

La paz era necesaria en México, aun cuando fuese una paz forzada, para que la nación tuviera tiempo de pensar y actuar. La educación y la industria han llevado adelante la tarea emprendida por el ejército.

El soldado se había transformado en estadista. En unas semanas los bandidos de México habían desaparecido, para nunca volver a aparecer, y los caminos de la república estuvieron a salvo. Díaz había actuado según el antiguo precepto militar japonés: “Cuando tengas a un enemigo en tu poder, nunca lo rodees por completo”. No sólo había exterminado a los criminales más poderosos del país y dado seguridad a los viajeros, sino que a miles de mexicanos valientes, pero equivocados, los había devuelto al redil de la sociedad.

En estos días de orden y progreso en México resulta difícil comprender la enormidad de esta proeza. Durante muchos años los ladrones habían sido tan audaces que se apoderaban de los pueblos y exigían que les hicieran préstamos, algunas veces quemaban los edificios públicos y en ocasiones se llevaban a los funcionarios y los retenían para pedir rescate. En 1872, los bandidos se llevaron al maestro del pueblo de Santa María, distrito de Otumba, lo vendieron a otros bandidos en \$100, quienes a su vez lo vendieron en \$200 y fue vendido por tercera vez en \$300 a una banda que exigió un rescate de \$500. Después de una lucha terrible con el ladrón que lo custodiaba, el maestro escapó con 19 heridas.

Era tan increíble el poder de los bandidos que el señor Escandón, quien estaba construyendo el ferrocarril a Veracruz, pagó \$500 a una banda de ladrones armados para que lo escoltaran a la costa. Ésta no era una costumbre poco común. Llegó a salvo, pero en el camino de regreso la banda asaltó a dos grupos de viajeros.

La diligencia que viajaba entre la capital y Puebla a veces era asaltada cuatro veces en un solo recorrido y la cuarta banda, al no encontrar nada más que quitarles, hacía que los pasajeros se desnudaran y ni siquiera perdonaban a las mujeres. Esto sucedió tantas veces que muchas mujeres llevaban periódicos para cubrir su cuerpo cuando se quedaran sin ropa.

Es literal que cuando la diligencia de Puebla debía llegar a la ciudad de México, los maleteros estaban estacionados en el patio del Hotel Iturbide con frazadas para cubrir a las pasajeras cuando bajaran y pedían a los varones allí hospedados que no estuvieran presentes para no avergonzar a las desdichadas viajeras.

Cuando el mariscal Bazaine estaba al mando de la capital, una mañana llenó el coche que iba a Puebla de zuavos vestidos con sombrero de mujer y faldas con crinolinas de alegres colores. Cada soldado llevaba un par de pistolas. El coche no había avanzado más de cuatro cuabras por la calle principal de la ciudad de México cuando lo rodearon los bandidos. En un minuto quedaron desparramados en el pavimento ladrones muertos y moribundos, ya que las supuestas mujeres saltaron y abrieron fuego.

Si eso podía suceder en la propia capital, en medio de un veterano ejército francés, ¿cuáles deben haber sido las condiciones en los caminos y pueblos remotos antes de que Díaz erradicara el bandolerismo de este país en una campaña súbita y corta? Todo lo que hablaban los políticos descarados, la oratoria grandilocuente de los congresos o las fórmulas solemnes pero impotentes de las leyes, por sabias o justas que fuesen, no habían conseguido los resultados notables obtenidos en unas cuantas semanas mediante su fuerza directa, con base en la idea de que el gobierno no es teoría, sino acción, y que el orden es un precedente indispensable de la ley.

Por más de treinta años el presidente Díaz ha estado al frente de la república mexicana y durante todo ese tiempo, en las etapas buenas y malas, ese pensamiento práctico y eficaz ha dominado su gobierno y permitido la cicatrización cívica y social en México.

Los teóricos superficiales, los aspirantes a revolucionarios, los arribistas decepcionados y los francos chantajistas han buscado en vano

convencer al mundo exterior de que el gran presidente de México es un tirano despiadado que ha aplastado a su país bajo el peso de la corrupción, respaldado por un aparato militar cruel y servil. La respuesta a estos agitadores absurdos y maliciosos es el constante ascenso de México al rango de una nación poderosa y respetada, el obvio orgullo con el cual todos los mexicanos decentes pronuncian el nombre de Díaz, y la prosperidad que su fuerza, energía, inteligencia y devoción incansable han traído a la nación. No queda más que comparar el caos anárquico, la indefensión de las masas, la total miseria y degradación de la vida en México existentes cuando Díaz fue presidente por primera vez, con el país ordenado y próspero de la actualidad, para darse cuenta de la malicia criminal o la ignorancia que indujo a los abogados sin clientes, los aventureros decrépitos y los escritorzuelos sensacionalistas a secundar las actividades inútiles de los conspiradores políticos que no tienen la influencia para conseguir seguidores poderosos ni el sentido para entender que el día de las revoluciones mexicanas pertenece al pasado distante y sombrío.

Una vez que restableció el orden, Díaz se concentró en la tremenda tarea de reactivar el crédito nacional. Nueve semanas después de entrar a la capital a la cabeza de su ejército victorioso, vencía el plazo para pagar \$300 000 a los Estados Unidos. Era el primer pago parcial de un laudo de \$4 000 000 a favor de ese país para liquidar las reclamaciones internacionales según lo resuelto por una comisión mixta. Fue de suma importancia hacer este primer pago. Todo el mundo de las finanzas observaba en secreto. Díaz aún no era elegido presidente de México. Era un soldado recién llegado de la batalla, al frente de un país donde la sospecha y la hostilidad hacia los países extranjeros se despertaron en alto grado y había suma susceptibilidad a la deuda externa. ¿Estaría él a la altura de sus responsabilidades?

La nación estaba en bancarrota. Había una deuda con los empleados públicos. El ejército exigía sus pagos atrasados. Era una época cruel y lamentable por el pago de \$300 000 a una nación que había despojado a México de la mitad de su territorio. El hecho de recaudar esa suma le significaba un amargo sacrificio al nuevo gobierno; no obstante, la

mente clara de Díaz vio que el pronto pago de este dinero, a cualquier precio, sería una señal para el mundo de que México estaba preparado para cumplir con sus sagradas obligaciones a tiempo y en cualquier circunstancia. Miles de funcionarios quedaron insatisfechos con su paga, pero los \$300 000 se enviaron puntualmente a los Estados Unidos. En cuestión de días esa acción de escrupulosa honradez se conoció en los mercados de dinero del mundo y se reflejó al instante en el precio al alza de los valores mexicanos. Al informar sobre esto al nuevo Congreso, Díaz dijo: “El ejecutivo estaba resuelto a salvar a toda costa el honor nacional, y al imponer los sacrificios dolorosos pero necesarios a la república y a sus servidores, afortunadamente ha podido eludir una seria dificultad y hacer el pago con toda puntualidad. Este sacrificio no será estéril. Deberá contribuir al buen nombre de México y a mejorar su crédito en el extranjero.”

Ése fue un nuevo indicio en las finanzas mexicanas, que dejó en claro en todos los países, cuando menos mientras Díaz tuvo el control de los asuntos.

Al cumplir con una de las promesas más formales de la revolución, el nuevo presidente presentó una enmienda a la Constitución nacional que prohibía la reelección del presidente y los gobernadores de los estados. Al ver en retrospectiva las largas décadas del poder continuo de Díaz en México, esta enmienda constitucional podría resultar casi ridícula, para alguien que desconozca la historia nacional posterior. La verdad es que fue un esfuerzo sincero para eliminar de la política mexicana una de las más fecundas causas de guerra.

Más adelante, cuando Díaz había demostrado que la nación podía sostenerse como una roca contra los embates del tiempo y las circunstancias; cuando había formado una nación con los mexicanos divididos; cuando su gobierno honesto había convertido la palabra México en un vocablo de oro alrededor del mundo; cuando el comercio, la industria y la educación habían comenzado a interesar al pueblo; cuando cientos de millones de dólares de capital extranjero afluyeron al país, generando empresas; y cuando el amor al trabajo pacífico renació en las masas del pueblo mexicano, la nación abolió la ley que impedía que un pre-

sidente ocupara el cargo dos periodos consecutivos, a fin de que no se interrumpiera el espléndido y pacífico desarrollo de México, y que el liderazgo y la dirección nacionales no cayeran de nuevo en los riesgos de la política partidista, cuando menos no sin que antes la influencia de la paz, la industria y la educación, así como la tendencia conservadora a consolidar la acumulación de la riqueza, junto con un aprecio cada vez mayor de las responsabilidades, así como los derechos del gobierno popular, permitieran que México cambiara de presidente sin que ocurriera un grave desastre.

Después de restablecer el orden público e indicar que se reactivara el crédito público, el presidente Díaz dio muestra de sus amplias y visionarias cualidades de estadista al abordar el asunto del ferrocarril estadounidense.

Durante su primer mandato, en los Estados Unidos se habían terminado dos grandes líneas ferroviarias que llegaban a la frontera norte de México. Se planteó que éstas conectaran con la ciudad de México mediante líneas que se construirían principalmente con capital estadounidense. Hasta ese momento sólo había un ferrocarril importante en la república, la línea corta unía la capital con el puerto de Veracruz. La propuesta de enlazar México con los Estados Unidos por medio de dos grandes sistemas ferroviarios —el Ferrocarril Central Mexicano y el Ferrocarril Nacional de México— no sólo era un tema económico de primera magnitud, sino también un asunto político peligroso el cual, por duda o temor, rehuía la mayoría de los estadistas mexicanos.

Durante muchos años la opinión pública de México había sido educada para desconfiar de los propósitos y la política de los Estados Unidos. Era común que el orador político popular se diera golpes de pecho en público y desafiara al gran monstruo del Norte. Incluso el presidente Juárez compartió este sentimiento de duda y hostilidad y le molestaron los esfuerzos bien intencionados del gobierno de Washington para ayudar a su administración al término de la Guerra de Intervención. Tanto él como el presidente Lerdo se esforzaron al máximo para poner a los mexicanos contra los Estados Unidos como un vecino codicioso, sórdido, siempre atento a la oportunidad de invadir y arrebatarle su territorio a

México. Esta política de timidez y desesperación tuvo su expresión en el dicho del presidente Lerdo: “Entre el débil y el fuerte, el desierto.”

La inmensa energía e inteligencia práctica de los Estados Unidos estaban listas para irrumpir en los campos en desventaja de la industria, agricultura y comercio de México, llevando consigo torrentes de riqueza. El espíritu de la empresa estadounidense había recibido un nuevo estímulo y fuerza merced al éxito internacional de la Exposición del Centenario celebrada en Filadelfia. Los ojos del mundo voltearon al hemisferio occidental, cuyas instituciones políticas ya estaban muy firmes. La fuerza inquebrantable de la administración de Díaz, su puntualidad escrupulosa para cumplir con sus obligaciones y su capacidad demostrada para mantener el orden y proteger los derechos de propiedad así como la seguridad personal, atrajeron la atención a México como un terreno promisorio para los inversionistas y pioneros en los negocios de todos los países.

Pero hasta entonces había sido un país cuyas principales ocupaciones eran la política y la guerra. Empeñado en la independencia política y con temor a las grandes naciones progresistas, México había establecido una cobarde política ermitaña de aislamiento y, casi como chinos y coreanos, se había separado de las influencias vigorizantes y productivas derivadas del contacto directo y continuo con sus mercados naturales en el Norte floreciente y se quedó atrofiado por los antiguos prejuicios y pasiones.

Díaz ya le había demostrado al mundo que había nacido un México nuevo. Enfrentó con valor los problemas del orden público y el crédito público. Pero ¿tendría el soldado de hierro el valor moral y la amplitud de miras para arriesgarse a entrar en conflicto con la feroz e irracional intolerancia de sus compatriotas al abrir la república al comercio internacional a través de la comunicación ferroviaria directa con los Estados Unidos? La influencia del presidente sobre todos los poderes del gobierno era tan grande que el asunto dependía de su propio criterio y voluntad.

Este punto, del cual dependía el futuro de la república, se decidió en una junta con el Gabinete. Las opiniones estaban divididas entre los ministros. El presidente escuchó en silencio los argumentos de ambas

partes. Al terminar el debate tomó su decisión memorable, básicamente en estos términos:

Tal vez sea verdad que al abrir México a la comunicación ferroviaria directa con los Estados Unidos, nos estamos poniendo en peligro, que le damos entrada a una potencia que algún día tratará de absorber nuestro territorio. No comparto este temor. No obstante, de existir dicho peligro, es más factible que provoquemos el conflicto de inmediato al negar una salida natural y necesaria a la empresa privada legítima de ese país y declarar de hecho que consideramos que los Estados Unidos son nuestros enemigos. Al consentir en los nuevos ferrocarriles internacionales no sólo decimos al pueblo de los Estados Unidos que no tememos a la asociación directa y estrecha con ellos, y que deseamos y esperamos contar con su amistad, sino que traeremos capital y energía calificada a México y desarrollaremos rápidamente nuestros recursos para que, con esa política, podamos cuando menos aplazar cualquier peligro de saqueo territorial hasta que tengamos fuerza suficiente para enfrentarlo y oponerle resistencia.

Ese mensaje de un gran liderazgo sensato y pacífico se captó en todo el mundo empresarial y recibió respuesta. Fue el inicio de una gran era de construcción de los ferrocarriles que ha transformado a México y le ha permitido un magnífico desarrollo.

Cuando el presidente Díaz tomó posesión del gobierno nacional en 1876, México tenía apenas 407 millas de vías para atender un territorio de más de 767 000 millas cuadradas. Él no sólo consintió en la existencia de ferrocarriles internacionales sino que aplicó toda su fuerza e inteligencia para estimular la construcción del ferrocarril en todas partes del país. Hoy día hay más de 15 000 millas de vías y el capital invertido en el país tan sólo por ciudadanos estadounidenses, en moneda mexicana se eleva a un total aproximado de \$2 000 000 000.